

# Pueblo, humanismo y pesimismo en Briceño Iragorry\*

Elías Pino Iturrieta

---

El intelectual dice que su país vive una de las épocas más sombrías, pero gasta el tiempo en referirse a sus nietas, a sucesos lugareños o a problemas que pasan en pueblos distantes. Pese a que analiza los hechos fundamentales de su patria desde una impecable perspectiva profesional, encuentra utilidad en el examen de episodios minúsculos que aborda con el talante de la gente sencilla. Su interés es el estudio, pero, a diferencia de quienes comparten la misma inclinación, sale de las bibliotecas con un desgarramiento que lo obliga a proponer la enmienda de la conducta colectiva. De la mezcla que hace entre lo grande y lo pequeño, entre lo público y lo privado, entre el método y el sentimiento, manan una teoría de lo venezolano y una sugerencia de comportamiento capaces de convertirse en la luz que procuran centenares de miles de personas en el trance del descamino. El intelectual escribe y la mayoría de sus destinatarios no sabe leer, pero lo que escribe llama la atención hasta el punto de convertirse en una alternativa de vida que puede lograr implantación frente a lo que antes fue baldío e indigno.

Jamás un intelectual pura sangre había estado en Venezuela tan cerca del pueblo, tan querido y respetado. A pesar de las fulminaciones que brotan de su pluma y de los demonios que exorciza, muchos incómodamente próximos, encuentra una muchedumbre de seguidores. Acaso pocas veces antes un intelectual *pura sangre* saltó hacia el campo de la política sin dar un salto mortal, esto es, sin traicionar los requisitos de su oficio. Hazañas dignas de encomio en un país que vio cómo al principio sus letrados no hablaban por todos, sino por unos pocos; que más tarde soportó las pretensiones de un pontificado dispuesto a subestimar al entorno y a sus criaturas para desembocar en el servicio de las autocracias; en un país que lamentó después la contemplación de sus ensayistas y de sus investigadores convertidos en pedagogos inaccesibles, en mentores empeñados en

---

\* Discurso pronunciado en el paraninfo del Palacio de las Academias, el 5 de junio de 1997, en la conmemoración del centenario del nacimiento de Mario Briceño Iragorry.

monopolizar la enseñanza de las virtudes republicanas que todavía no estaban al alcance de las mayorías; en un país que lamentará más tarde la trivialidad de su clase intelectual. Así por lo que hizo como por lo que dejaron de hacer antes y después sus congéneres, este hombre se convierte en un arquetipo de compromiso científico y de compromiso cívico, excepcional en la existencia de Venezuela.

Este hombre, Mario Briceño Iragorry, ve la luz en Trujillo el 15 de septiembre de 1897. Los altos poderes del Estado, la Academia Nacional de la Historia y todas las academias nacionales, han dispuesto la conmemoración del centenario de su nacimiento. En el programa de tal conmemoración se inscriben el acto de hoy y las palabras que tengo el privilegio de pronunciar.

La obra de Mario Briceño Iragorry marca la etapa que corre entre las dos últimas dictaduras del siglo XX, las de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez. El país entonces pretende ser distinto y la mayoría de sus miembros juega la apuesta de la democracia. Comienza y concluye uno de los capítulos más dinámicos de nuestra historia, cuando se anhela un régimen justo sin haberlo tenido jamás y cuando se siente que es una incertidumbre el camino de su establecimiento. La sorpresa de numerosas solicitudes políticas anima a un pueblo acostumbrado al tono monocorde de la tiranía, pero preocupa a los amigos del quietismo. La pardoocracia que espera el turno de su protagonismo desde los días federales, se anuncia con entusiasmo en el escenario frente a la prevención de las clases acomodadas. Un sentimiento de malestar impera entre los hijos del país petrolero que rumia la pobreza cuando está atragantado de divisas. El clima de opinión reclama una mudanza del negocio de los hidrocarburos que sólo en el papel ha incluido a Venezuela en el club de los países opulentos. Pensadores, científicos, profesionales, artistas y estudiantes desconocidos sugieren claves diferentes para el diagnóstico de los problemas. Un ansia de modernización, un deseo de liquidar el saber y la estética tradicionales, el rechazo del pasado reciente y un reclamo por el tiempo perdido, capaces de concluir en soluciones abruptas y de advertir a las fuerzas conservadoras sobre la inminencia de una revolución, dominan el panorama. Venezuela es un teatro de iniciativas auspiciosas, pero también es un campo minado. No en balde las esperanzas terminan en el agujero del perezjimenismo.

El proceso, tan significativo como el nacimiento de la república en 1810 y como el establecimiento de la autonomía en 1830, en cuanto posibilidad de crear experiencias inéditas en el seno de la sociedad, encuentra en Briceño Iragorry su crítico y su profeta. Del análisis que realiza sobre las características y los retos de su tiempo, queda uno de los registros primordiales del pensamiento venezolano. Ruptura con la corriente positivista, proposición de atrevidas lecturas desde la perspectiva historiográfica, trato

asiduo con referencias morales poco estimadas hasta entonces, reflexión y denuncia susceptibles de llegar a una teoría de la vida venezolana, sus ideas marcan un hito en el quehacer intelectual. Si Venezuela transita entre 1936 y 1958, o pretende transitar hacia formas más enaltecidas de convivencia, gracias a la obra de Briceño Iragorry el pensamiento pensado en Venezuela puede llegar a destacables estadios de originalidad y coherencia. Si el proyecto de tránsito requiere traductores capaces de animar a los posibles integrantes de la caravana, sus propuestas logran la proeza de convertirlos en compañeros regocijados. Si de veras quiere el país acabar con el autoritarismo y hacer realidad el sueño de la democracia representativa, su insistencia en escribir con premeditación tras el cometido y su conducta leal hasta el sacrificio frente a lo que divulga, lo convierten en uno de los artífices más probos del designio. Si el escritor no importa sólo por lo que escribe, ni el pensador sólo por lo que piensa, sino por el auxilio y la compañía que ofrecen a sus semejantes, mejor consejo y mano más franca no se encuentran entonces. Si la Venezuela y los venezolanos de hoy debemos, en suma, muchas de nuestras características a la faena que hicieron otros hombres entre 1936 y 1958, el pasivo en relación con el autor es evidente.

Son tan numerosas las contribuciones de Mario Briceño Iragorry, que la comisión designada por el Congreso de la República para recopilar sus Obras Completas ha publicado veinte volúmenes y tiene trabajo pendiente. Los libros más célebres son: *Tapices de historia patria*, editado en 1934; *El caballo de Ledesma* y *La historia como elemento de creación*, editados en 1942; *Casa León y su tiempo (Aventuras de un anti-héroe)*, de 1946 y por el cual obtiene el Premio Municipal de Literatura; *El Regente Heredia o la piedad heroica*, de 1947, que le permite recibir el Premio Nacional de Literatura; *Mensaje sin destino*, de 1950; *Introducción y defensa de nuestra historia* y *Alegría de la tierra (Apología de nuestra agricultura antigua)*, de 1952; *Aviso a los navegantes*, de 1953; y *La hora undécima*, que circula en 1956. Inmediatamente después de su muerte, ocurrida en 1958, salen de la imprenta *Ideario político* y *Cartera de proscrito*. El 25 de enero de 1930 se incorpora como Numerario de nuestra Academia Nacional de la Historia, y el 19 de mayo de 1932 hace lo propio en la Academia de la Lengua. Imposible llamar ahora la atención sobre las características de una producción tan constante y tan copiosa. Pero conviene detenerse en sus concepciones genéricas sobre los rasgos y las posibilidades del ser venezolano. Mucho de lo que apunta mantiene relación con las urgencias de la actualidad.

Pretende resumir tales concepciones en uno de sus últimos escritos, *La hora undécima*, mas recuerda que las desarrolló previamente en *Mensaje sin destino*, en *Alegría de la tierra* y en *Aviso a los navegantes*. La angustia ante la incapacidad de Venezuela para enfrentar los retos de la modernización y

de la democracia, constituye el eje de los textos. La sociedad sin preparación para la fábrica de un proyecto ciudadano y para evitar la desaparición que puede provocar el huracán del imperialismo estadounidense, predomina en sus páginas. La trivialidad de la comarca minera que marcha de espaldas a su historia, es el fardo que más pesa en sus letras. Un agobiante fardo, no en balde asegura que: [...] "no somos pueblo en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual, del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica"<sup>1</sup>. Estamos ante una afirmación pavorosa, por cuanto, al negar la existencia de nexos con la obra de los antepasados y la consiguiente posesión de elementos comunes para desarrollar una conducta compartida y peculiar, niega la existencia de la república para ver únicamente una parcela de terreno.

Pero, ¿por qué se atreve a llegar a una afirmación tan contundente? En otro lugar ofrece un comentario a través del cual notamos que no va por el derrotero del tremendismo. Allí dice: "Para que haya *país político* en su plenitud funcional se necesita que, además del valor conformativo de la estructura de derecho público erigida sobre un área geográfico-económica, es decir, que además del Estado, exista una serie de formaciones morales, espirituales, que arranquen del suelo histórico e integren las normas que uniforman la vida de la colectividad. La existencia del *pueblo histórico*, que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado a la vez por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el país político. Se requiere la concepción de un *piso interior* donde descansen las líneas que dan fisonomía continua y resistencia de tiempo a los valores comunes de la nacionalidad, para que se desarrolle sin mayores riesgos la lucha provocada por los diferentes *modos* que promueven los idearios de los partidos políticos. Antes que ser monárquico o republicano, conservador o liberal, todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo"<sup>2</sup>. Venezuela en 1936, y en 1945 y en 1951, esto es, ayer nomás, sólo existe como jurisdicción política en términos superfluos, según el fragmento. Tiene unas leyes y un gobierno que compendian la existencia del estado-nación, pero carece de una comunión de valores en los cuales se sustente la existencia del aparato político-jurídico. Es un configuración en el aire, un edificio sin sillares.

Briceño Iragorry encuentra los motivos de lo juzga como un problema trascendental en los análisis que entendían el desenvolvimiento del país

---

1 *Mensaje sin destino*, Caracas, Monte Avila Editores, Biblioteca Popular El Dorado, 1972, p. 14.

2 *Ibidem*, p. 34.

como una serie de rupturas sin solución de continuidad. Especialmente critica la tesis ofrecida por César Zumeta sobre el nacimiento de la república. Había escrito Zumeta con amplio eco en la colectividad, que entre la república y la colonia existía un hiato semejante al que separaba el Antiguo del Nuevo Testamento. La tesis ampliamente acogida, conspiraba contra las nociones de unidad y antigüedad que él esgrimía como posibilidad de encauzar la vida social por un canal que permitiese entender el esfuerzo de los antepasados y el peso de tal esfuerzo en épocas posteriores<sup>3</sup>.

La universidad venezolana también recibe los dardos del maestro, en cuanto responsable de la misma miopía. El rango histórico del ser venezolano permanece dormido, debido a la tergiversación de la enseñanza en las altas casas de estudio, asegura. Conmovido por la desorientación a que ha conducido la enseñanza superior desde la segunda mitad del siglo XIX, Mario Briceño Iragorry dedica a la universidad venezolana una de las censuras más relevantes de que se tenga memoria. Veamos cómo escribe en *La hora undécima*: "El concepto universitario fue adulterado en sus raíces más profundas. En realidad de verdad, la universidad modernizada vio desaparecer el clásico concepto de 'universita' que sirvió de supeáneo a las viejas universidades europeas, sin que se le sustituyera por nuevos ordenamientos de unidad formativa. [...] La declaración sobre la Inmaculada Concepción de María, a que se obligaba a los antiguos graduandos, fue lentamente sustituida por el áura sagrada que comunicaban los dogmas del positivismo [...] Poco a poco fue eliminada de las aulas la enseñanza de la Filosofía, cuya ausencia se pretendió llenar con una explosiva antropología [...] en cuya visión negativa terminaron por hallar cómodo afincadero las tesis racistas y los falsos reatos telúricos que orientaron la sociología pesimista, a cuyas equívocas luces fueron negados los propios derechos del pueblo. [...] Cuando las nuevas promociones aprendieron de Spencer que la moral tiene puntos de vista estrechamente relacionados con la zona de lo sensible, ya se consideraron desvinculadas de las normas superiores que habían servido de apoyadura a los escasos principios vigentes, por cuanto una conducta subordinada al fatalismo de los instintos se escurriría lógicamente de toda clase de responsabilidad social"<sup>4</sup>.

Como corolario de la tiranía positivista, concluye el maestro, se abandonó la cultura humanística, se formaron profesionales sin deontología y se desecharon dos tradiciones medulares: la del país, que ocultaron por aferrarse a una explicación calcada de las doctrinas de moda, y la de las casas de estudios que abandonaron las polémicas por la implantación de un

---

3 "La hora undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)". En: *Obras Completas*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1990, vol. 9, pp. 218-220.

4 *Ibidem*, pp. 207-208.

“liberalismo sin libertad”<sup>5</sup>. Un país sin pasado, una clase política y una juventud sin alternativas de análisis, una comunidad a quien se niega la oportunidad de recurrir a los preceptos morales de sus antepasados, es lo que ofrece la universidad que se negó a sí misma cuando se disfrazó de científica sin recordar siquiera la impronta del Colegio Seminario, o avergonzándose de ella<sup>6</sup>.

Partiendo de la referencia al Colegio Seminario de Santa Rosa, inicia una de las cruzadas que machacó hasta el fin de sus días: la valoración del pasado colonial. Para él dicha valoración era cuestión de vida o muerte, debido a que: “La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia, han intentado descabezar la historia nacional”<sup>7</sup>. El descabezamiento significaba la reducción de los sucesos colectivos a un episodio de 140 años, esto es, la amputación de 300 años de fenómenos experimentados en el territorio; esto es, la negación de la existencia de millones de venezolanos anteriores, sin cuya participación ni siquiera podía entenderse la revolución de independencia. En tres investigaciones de importancia, *El caballo de Ledesma, Casa León y su tiempo* y *El Regente Heredia o la piedad heroica*, el historiador demuestra la entidad del período subestimado. Pero, a pesar de la fortuna que obtienen los trabajos entre el lectorio de entonces, no cesa en el intento. Entendía que el olvido del pasado hispánico [...] “no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra”<sup>8</sup>. O, como asegura en otro lugar con otros vocablos, la apreciación de ese pasado nos daría consistencia [...] “para resistir el oleaje de la historia universal”<sup>9</sup>.

Debe ponderarse la valentía de la posición en medio de un ambiente de renovación que buscaba un corte con los antecedentes y que no había roto sus ataduras con el magisterio positivista. Mas también se debe ver el atrevimiento de la versión, considerando los dardos que lanza contra las corrientes predominantes en el estudio de la Independencia. Fulmina la manera apologética de reconstruir la epopeya insurgente y pone el dedo en la llaga de la devoción bolivariana, al denunciar la manipulación inescrupulosa de la figura del Libertador. En *La historia como elemento de creación* y en *Introducción y defensa de nuestra historia*, ensayos sobre los límites de la reconstrucción del pasado por nuestros profesionales, deplora la insistencia en la consideración de los sucesos políticos y bélicos, la fabricación artificial de los héroes y su anacrónica valoración. La revisión de la obra de la mayoría

---

5 *Ibidem*, 207-209, 211.

6 *Mensaje sin destino*, pp. 39-40.

7 *Ibid.*, p. 21.

8 *La hora undécima*, p. 231.

9 *Mensaje sin destino*, p. 23.

de los historiadores antecedentes, lo lleva a la siguiente conclusión: "Hemos visto más a la liturgia de las efemérides que al permanente valor funcional de la Historia como categoría creadora de actos nuevos. Hemos dado prioridad a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas [...]"<sup>10</sup>. Hemos hecho, agrega, un "entendimiento frívolo del pasado". La arremetida inaugura la crítica moderna de la historiografía venezolana.

En 1952, el autor arrincona los temas que ha manejado con tanta densidad para escribir una obrita sobre la agricultura tradicional. Ha provocado con sus tesis un provechoso debate en los medios intelectuales y la prensa ha ofrecido un inusual espacio a la discusión. Fuentes de la época señalan cómo sus argumentos llegaron a interesar a las tertulias estudiantiles en las universidades y en el Instituto Pedagógico. El país está encendido por las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente que ha permitido la Junta Militar de Gobierno. El está en el centro de la candela, como candidato a diputado por el Distrito Federal. Pronto tendrá que iniciar un exilio de cinco años. Sin embargo, encuentra tiempo para escribir un conjunto de textos sobre antiguos cultivos que publicará bajo el título de *Alegría de la tierra*. Son páginas dedicadas al café y al cacao, al cambur y a las papas, al maíz y al algodón, al trigo y a las huertas, al añil y a la ganadería. Nada de estadísticas, ni de apreciaciones científicas. Se regodea en la descripción de las formas utilizadas en el manejo de los productos y coloca en la escala de los próceres a los pioneros del trabajo de la tierra. ¿Por qué el cambio de temática? ¿Acaso no le interesan ya los asuntos "serios" que ocupan a los letrados ?

*Alegría de la tierra* es un grito de angustia por la penetración de la cultura foránea en una escena carente de herramientas para evitar el desplazamiento de la personalidad colectiva. Los observadores superficiales vieron en el libro una cruzada contra los korn flakes y los productos Quaker, una suerte de guerra reaccionaria contra el progreso, un pugilato entre la pulpería y el supermercado. Era, sin embargo, la zozobra personal por el languidecimiento de una forma de vida que se reflejaba en la mengua de la agricultura trabajada según sistemas tradicionales. La desaparición de los cultivos procedentes de tiempo colonial, o aclimatados después de 1830, no era un asunto material para Briceño Iragorry. Era [...] "el epílogo sombrío de una cultura, la pérdida de unos símbolos, y, [especialmente], la pérdida de la libertad y de la confianza de derivar de nuestro propio suelo el diario nutrimento"<sup>11</sup>. Como se habrá notado, está levantando emblemas contra la penetración de la cultura foránea. Emblemas que invitan al arraigo y al sentimiento de

---

10 *Ibidem*, p. 19.

11 "Alegría de la tierra". En: *Obras Completas*, vol. 8, pp., 19-20

congregación. Mas, sobre todo, emblemas susceptibles de apuntalar una vida autónoma. Especialmente el trabajo, entendido como un esfuerzo de la sociedad desde antiguo y gracias al cual se ha creado y distribuido la riqueza antes de la explotación del petróleo. Son las armas que sugiere frente al imperialismo y que no confina al caso venezolano. Las aconseja para las batallas del vecino Caribe contra la United Fruit<sup>12</sup>, o para explicar en sus artículos el término *pitiyanqui*<sup>13</sup>; o para criticar la influencia de revistas como *Selecciones* y *Times*, de gran venta en el país<sup>14</sup>; o para defender en pieza magistral al Primer Ministro Muhammad Mossadeq derrotado por los intereses de la Anglo Iranian Oil Company en Teherán<sup>15</sup>.

La preocupación lo ha sacado de las plantaciones criollas para llevarlo a compartir el dolor de Persia abatida por un consorcio petrolero, pero lo trae de regreso a un universo próximo que a primera vista parece trivial. Ahora escribe para sus nietas y sobre su familia, o compone relaciones pueblerinas. Había rastreado ese mundillo en 1947, con su *Apología de la ciudad pacífica*, y ahora lo retoma a través de *Mi infancia y mi pueblo*, *Primera lección para mis nietas desterradas*, *Por la ciudad hacia el mundo* y *Pequeño anecdotario trujillano*, obras redactadas entre 1951 y 1957. ¿Nostalgia de desterrado? ¿Cosas de viejo? ¿Evidencias de regionalismo? Mario Briceño Iragorry no da puntada sin dedal en la tarea que se ha impuesto de fortalecer la conciencia nacional. Unos fragmentos tomados de su *Aviso a los navegantes*, explican el objetivo de la orientación. Dicen así: "No somos advenedizos colocados circunstancialmente en el suelo de la Patria, con el solo objeto de vivir una vida concupiscente, cuyos fines fueran la riqueza, el vicio y el poder. Somos, por el contrario, eslabones de una cadena que viene de atrás [...] y debemos sentir la historia de nuestros muertos. [Si no la sentimos], la República carecerá de los soportes emocionales que le dan firmeza y derecho permanente en nuestras acciones cotidianas [...] Una lógica de principiantes dice que donde no hay muertos tampoco hubo anteriormente vivos"<sup>16</sup>.

Todavía los historiadores no habían iniciado en el mundo el estudio de las mentalidades, cuando, como se desprende del texto, sugiere el rastreo de la sensibilidad que deviene permanencia como resultado de vínculos afectivos que se reelaboran por determinación de los difuntos. Más aún, indica la necesidad de explorar tal sensibilidad en las naderías de la existencia. La prisión a largo plazo que es una mentalidad y sobre cuya

---

12 *Ibidem*, p. 35.

13 "Aviso a los navegantes (Tradición, nacionalidad y americanidad)". En: *Obras Completas*, vol. 8, pp. 185-188.

14 *Ibidem*, pp. 209-211.

15 "El hijo de Agar". En: *Obras Completas*, vol. 9, pp. 127-131.

16 *Aviso a los navegantes*, pp. 166-167.

influencia apenas se abocetaban una letras vacilantes en los centros más adelantados de investigación, es el eje del planteamiento. El análisis de la vida cotidiana, en cuanto expresión de una sensibilidad antigua, análisis que todavía debe esperar para establecerse en el gabinete de los especialistas, apuntala el planteamiento. Pero hay más. Cuando divulga en estos últimos trabajos los episodios de la parentela, los cuentos de la abuela o la tragedia de los niños de la casa en el ostracismo, por ejemplo, hace la revolución de convertir lo privado en público, de hacer de lo familiar un tema abierto y del hogar una asamblea general. Es el comienzo de su última batalla por el reconocimiento de la fisonomía peculiar de los venezolanos. Es su escaramuza pionera contra la agorafobia, con el propósito de hacer de Venezuela un libro diáfano al alcance de la mano.

Pese a las evidentes imperfecciones de lo que he venido diciendo, no habrá espacio para la duda en relación con la densidad intelectual de Mario Briceño Iragorry y con la tenacidad de su cometido nacionalista. De lo expuesto se colige que estamos ante la presencia de uno de los pensadores ineludibles de nuestra contemporaneidad. Pero, ni siquiera en la apertura de un discurso como el que están ustedes padeciendo, se puede evitar un señalamiento sobre el eco de su obra y sobre las motivos de ese eco, no en balde le conceden carácter de excepción a su ideario. Como se sabe gracias a las investigaciones de Domingo Miliani, los ensayos del maestro producen general entusiasmo<sup>17</sup>. Cuando sale del archivo para proponer una actitud cívica, su palabra es manual de conducta para miles de seguidores. *Mensaje sin destino* hace que grandes sectores de la sociedad se interroguen sobre las metas del país moderno y sobre la necesidad de la democracia. Debido a la circulación de *Alegría de la tierra*, la gente comienza a discutir, más temprano que en el vecindario, sobre los peligros de la tecnología y sobre las perversiones de la industria extractiva. *Aviso a los navegantes* revive perdidas polémicas sobre una integración latinoamericana afincada en la justicia internacional y en la revisión del aporte hispánico. Cuando escribe en el periódico una columna llamada *Bitácora*, se forman corrillos para comentarla. Los estudiantes de los liceos y los obreros de los sindicatos, lo buscan para que dicte conferencias. Los militares del perezjimenismo comienzan a mirar con recelo sus sugerentes letras y terminan por prohibirlas. *Bitácora* y el conferencias más solicitado del momento desaparecen del mapa, pero no importa. Lo que diga y lo que calle Mario Briceño Iragorry, prohibido o permitido, en casa o en el exilio, se respeta en Venezuela. Cuando retorna al país, la multitud lo aclama en el aeropuerto de Maiquetía.

---

17 Domingo Millani, *Mario Briceño Iragorry. Noticia biográfica*, Caracas, La Casa de Bello, 1989.

¿Por qué suscita tantos apoyos entre la gente sencilla? El ascendiente no debe atribuirse sólo a la calidad de sus escritos. Un pueblo analfabeta y cercado por un viejo encierro, no puede de repente aficionarse a las bibliotecas. Centenares de jóvenes no lo leen. Seguramente miles de personas jamás se enteran de la existencia de una bibliografía digna de atención. Pero lo que no se podía ignorar era su paso por las funciones públicas, en cuyo desempeño nadie jamás pudo reprocharle nada. Durante todo el siglo, los dueños del poder, o la mayoría de ellos, se han manejado según su arbitrio, sin conciencia de la obligación de responder ante el pueblo. Para Briceño Iragorry los negocios de la república son asunto de todos. En consecuencia, la participación en ellos tiene que desembocar en una cuenta frente a todos. Numerosos pasajes de su *Ideario político* machacan la postura. "Yo, querido Numa —le escribe a un amigo cercano desde Madrid— asumí una responsabilidad terrible cuando pedí al pueblo su confianza". El fragmento se refiere a la elección como Diputado por el Distrito Federal en 1952, desconocida por el régimen militar y causante de su exilio; pero bien puede referirse a toda su actividad en los círculos del poder. El comedimiento de su trato con el gomecismo o la responsable confesión que ofrece de su pertenencia al oficialismo de entonces, el paso honorable por el postgomecismo, la defensa de muchos de los compañeros derrocados en 1945, la campaña por la Asamblea Constituyente y la altivez frente a la soldadesca en 1952, la modestia del principio igual a la modestia del fin en el ejercicio de altas funciones de gobierno —Juez, Presidente de Estado, Gobernador de ciudad, Secretario de la Universidad Central de Venezuela, Embajador, Director del Archivo General de la Nación, Presidente del Congreso Nacional—, confirman que no escribe una frase vana a su destinatario. Sólo insiste en un principio que estima de manera invariable y en el que puede reconocerse un pueblo que no sabe leer, pero que recibe la noticia de su vida ejemplar.

Lo que tal vez ignore ese pueblo es la magnitud de la tristeza y de la rabia que le produce la situación del país que ha caído en las manos de Marcos Pérez Jiménez. Es evidente cómo el pesimismo ronda sus escritos, pero pocos conocen, porque jamás lo ha divulgado en público, la repugnancia que llega a sentir por el declive moral en que ve a la patria. Católico devoto, fundador de una "Orden de los Caballeros del Espíritu Santo" en 1934, terciario franciscano, estudioso del Evangelio, de la historia de la Iglesia, de los documentos pontificios y de la teología más avanzada, se llena de abatimiento cuando siente a Venezuela como una especie de Babilonia del imperialismo. El pueblo no es el depositario del dolor que experimenta el discreto escritor que jamás ha lanzado ataques personales contra sus enemigos políticos, ni ha querido sacar provecho de la denuncia sobre casos de corrupción cuyos

pormenores conoce. Por fortuna, encuentra en un puñado de allegados la posibilidad de descargar el peso.

Uno de ellos es el padre Pedro Pablo Barnola, amigo íntimo a quien quiere mucho, camarada de empresas comunes de estudio e investigación. En el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello, reposa un manojito de las cartas que le envía desde Madrid y Génova. Es lícito que el historiador irrumpa en el sigilo de esa correspondencia para que se conozca mejor lo que entonces vivió Venezuela, porque sólo el conocimiento cabal de los hechos impedirá que vuelvan a suceder.

Veamos una primera carta de 16 de marzo de 1956. “Querido Barnola— le dice— no puede usted saber cómo me siento por las noticias venezolanas. Mientras más me llegan, más contristado me pongo. El anuncio de tanta porquería me conduce a estados de postración que hacen temer por mi salud. ¡Qué bajo hemos llegado!”. Quince días después, se anima a describir los resortes de su mortificación: “Con qué entusiasmo he escuchado a gente tenida por honesta, haciendo el panegírico de asesinos y de ladrones públicos [...] Eso me duele mucho”. Pero en otras misivas supera la depresión del ánimo, para analizar la situación en un tono que no llega a utilizar en los textos preparados para el público. En un descarnado papel que escribe el 28 de julio del mismo año, llega a decir: “Michelena pintó a Crespo sobre altiva caballería. Tito Salas pintó a Juan Vicente Gómez. A Marcos Pérez Jiménez no hay animal noble sobre el cual montarlo para un óleo vistoso. Los hoy llamados arbitrariamente ‘jefes’ no son sino meros burócratas de uniforme o comerciantes vulgares adornados de presillas. El ejército actual es una simple expresión de la técnicas para matar, que han perfeccionado los científicos sin escrúpulos, al servicio del imperialismo”.

Como sabemos, no es un líder del marxismo en connivencia con uno de sus secuaces, quien acaba de describir el envilecimiento de las fuerzas armadas, la minúscula estatura del dictador y la empresa a la que sirven. Pero también sabemos, o deberíamos saber, que el autor de la cartas es acusado de comunista por el régimen. En correspondencia de 9 de abril de 1954, toca el tema a través de expresiones lapidarias. Son las que vienen de seguidas: “Mi comunismo me hace pensar en las críticas que los fariseos hacían a nuestro Señor porque andaba con publicanos. En cambio, hallo que les asiste la razón de motejarme de tal a aquella parte de la sociedad que mira como expresión de conducta cabal los procedimientos de Pedro Estrada”.

Aunque no dice cuán grande es la parte que apoya a la dictadura, es probable que se refiera a un sector amplio. Así se desprende de la correspondencia que dirige a Barnola, el 28 de julio de 1956. Una correspondencia que debe redactar en medio de la pesadumbre, si tenemos presentes sus vínculos con la Iglesia. Vamos a leerla: “Venezuela es un caso moral [...] Lo

que hoy reina en nuestro país es una farsa de orden, con cuyo apoyo se relaja la conciencia nacional. Este relajamiento, aunque sea duro decirlo, está indirectamente apoyado por una jerarquía y por un clero que, lejos de contradecir la inmoralidad y el crimen circundante, hacen el juego al dictador. Nuestro clero tiene miedo a sufrir y prefiere la mesa abastada y los honores seguros. No son los pastores venezolanos los que dan la vida por sus ovejas. No son ellos de los que en un momento pudieran merecer los elogios que el Romano Pontífice dirige en su recientísima carta *Dum maereti animo* a los prelados y fieles de la Iglesia del silencio. Estos luchan contra el materialismo que los persigue. Los nuestros se entregan al materialismo que halaga con obsequios y ambiguas seguridades [...] Muchos obispos y muchos sacerdotes de nuestra tierra dudan de la palabra de Cristo y buscan, por ello, estar bien con el demonio [...] no parece que rimen con una idea de 'cultura cristiana' el asesinato, las torturas, las cárceles, los destierros, el peculado, el libertinaje, la injusticia, el dolo, el fraude que forman la substancia de la política actual". Hacia el final de la misiva, aconseja: "Cerca tienen ustedes a Rafael Caldera, para oír su voz de vigilante autoridad. La mía está mediatizada por el océano, que da mayor perspectiva a la tragedia venezolana".

¿Hace falta un comentario? Si es preciso, que lo haga el hombre que leyó por primera vez estos papeles. En la carpeta que conserva la Universidad Católica, al lado de la carta está una ficha pequeña, anotada por el padre Barnola. En la ficha aparecen unas palabras que utilizó doce años más tarde en la iglesia de San Francisco, cuando ofició una misa de conmemoración en el décimo aniversario del fallecimiento de quien lo había escogido como confidente. La frase dice: "Pero lo hubiera avergonzado quedarse callado".

Mario Briceño Iragorry también escogió al pueblo de su tiempo como confidente, con el propósito de decirle que tenía una historia que le estaban escamoteando y que sus manos habían hecho una faena remota que nadie tenía el derecho a desconocer. Fue un interlocutor escrupuloso, porque hizo un diagnóstico desde la perspectiva de un creador de ideas que no quiso traficar en el mercado de la política. Ofreció las ideas para un designio compartido, mas no para una bandería, ni para un hombre fuerte. Al contrario, suscribió un compromiso con un legado por cuya defensa encabezó una admirable cruzada. Por eso no fue un empleado público más, ni una ficha de partido, ni un propietario rico. La sociedad lo percibió libre de esos lastres y lo recibió como vocero común. Fue un interlocutor incómodo, ciertamente, porque llegó a pensar que la historia de Venezuela tenía un apocalipsis cercano y quiso distribuir mejor los roles antes del juicio final.

Tal vez fue un predicador iluso, porque ofreció una fe cívica que no podía salvar a nadie, tan mal como estaban las cosas en su sermón. Quizá fue un investigador parcial, porque arrinconó una parte de esa historia para afirmar la otra antes de que todo terminara, en vez de juntarlas en una sola proeza de seres humanos. Es que fue Ledesma el de su libro memorable, en lucha mortal contra los filisteos domésticos y contra Goliath el de las barras y las estrellas. Como Ledesma, acertó cuando quiso que nos convirtiéramos en personas de honor, leales a unos valores y a la encarnación de esos valores, pero se equivocó cuando juró que a los valores se los tragarían los piratas en el último colorín colorado. No se los tragaron. El edificio tenía bases más sólidas que las advertidas en su rastreo. Quizá el agobio de los tiempos oscuros le impidió ver cómo era una de ellas, sólida como un roble. Por eso Venezuela sigue su rumbo y llegará a un destino enaltecido. Pero qué bueno que se equivocara. Así los hombres de la posteridad que todavía confiamos en lo que no ha venido, estamos seguros de que hemos podido persistir en el camino porque existió un paladín nacido hace cien años que se vio junto con los suyos en la puerta del infierno y se jugó la vida para remachar el candado. Honor y gloria a don Mario Briceño Iragorry.